

Las guerras entre españoles y portugueses — tan valientes como son — siempre tuvieron algo de cómico, desde la famosa batalla de la guerra de sucesión en que, en los bagajes de un ejército de nueve mil hombres se tomaron quince mil guitarras, hasta la ridícula campaña de las naranjas de que hemos hecho mención. En esta última decía el general portugués al español: « ¿ Á qué batirnos? Brinquemos y toquemos en buena hora las campanillas ; pero cuidemos de no

mientos de ayudante de campo, y no se encuentra en ellos nada sobre el particular : 4.º Que está evidenciado por documentos que comprenden toda su carrera hasta 1808, que permaneció constantemente en los dos cuerpos citados « Murcia » y « Voluntarios » y siempre con mando efectivo de tropa : 5.º Que en el día de la muerte del General Solano figuró como oficial de guardia, y no como ayudante ni edecán, según se verá después : 6.º Que después de la muerte de Solano continuó pasando revista sin interrupción en « Voluntarios de Campo Mayor » hasta agosto de 1808, en que pasó á otro cuerpo con ascenso. — De todo esto se deduce, que por el hecho de haber servido á las órdenes inmediatas de Solano en la guarnición de Cádiz y en la última expedición á Portugal, se le ha supuesto ayudante de este general ; pero como estas pruebas deductivas podrían no considerarse concluyentes, he aquí un documento que dirime el conflicto, y explica todo. Por acaso cayó prisionero en Chile un tripulante de un buque español que había conocido en aquella época á San Martín en Cádiz, quien con fecha 13 de febrero de 1819, le escribió desde Curimón una carta en que le dice : « Como las ocasiones » en que uno puede encontrar su felicidad, se presentan en los cono- » cimientos que tenía en el tiempo anterior, se me presenta ésta en » V. E., á quien tuve el honor de conocer en Cádiz, estando yo de re- » postero del Sr. Solano, y V. E. de Comandante de la partida de Campo » Mayor y Edecán de dicho señor. » (M. S. del arch. de San Martín.) — No es exacta la especie de que ambos se parecían al extremo de confundirse, que Miller fué el primero en acreditar, y que tiene su origen en haberse confundido á Solano con uno de los que componían la diputación que fué á hablarle en nombre del pueblo, y que en efecto se le parecía á la distancia, como puede verse en Toreno y en cualquier otro historiador español. — San Martín guardó durante toda su vida un venerable recuerdo por la memoria de Solano ; constantemente llevó en su cartera, hasta la hora de su muerte, el retrato de este general grabado en acero en forma de medallón : en su orla había sombreado él mismo una faja de luto, y en el papel que lo envolvía escribió en gruesos caracteres esta inscripción : SOLANO. — Esta pieza forma hoy parte de nuestra colección.

hacernos daño » (27). Solano complementó este grotesco cuadro, al tomar á lo serio su papel de conquistador, y adjudicarse el de gran reformador, pretendiendo hacer de Setubal, donde estableció su cuartel general, una nueva Salento, donde ostentó más bien su buen deseo que sus conocimientos administrativos, según la expresión de Toreno.

IX

Dominada la España por la espada de Napoleón, cautivos sus monarcas, y fermentando en secreto el odio al extranjero, el estallido no se hizo esperar. El alzamiento del 2 de mayo en Madrid fué la señal, y la heroica muerte de Daoiz y Velarde y las bárbaras ejecuciones del Prado que se siguieron, dieron á la revolución española su enseña y su carácter popular.

Los fugitivos de aquella sangrienta jornada llegaron en la misma noche á la pequeña villa de Móstoles, que situada á 16 kilómetros de la capital sobre el camino de Extremadura, vegetaba en la oscuridad, sin historia hasta entonces. El Alcalde, pobre rústico, inspirado por el patriotismo, sin nociones siquiera de ortografía, trazó en pocos renglones inmortales la circular del alzamiento general de España, que resonó como un trueno en toda la Europa, y fué la señal de la caída del coloso del siglo. Decía así: — « La Patria está en peligro, Madrid parece víctima de la perfidia francesa : Españoles, acudid á salvarla. Mayo 2 de 1808. — EL ALCALDE DE MÓSTOLES. »

(27) Foy : « Napoléon en España » — Chao : « Historia general de España, t. III, p. 27.

Dos días después, este elocuente y lacónico parte anónimo que ha pasado á la historia de la humanidad, transmitido de alcalde á alcalde como un toque de alarma, llegaba con rapidez prodigiosa á las últimas provincias del mediodía sobre la frontera de Portugal. Hallábase allí el general Solano, nombrado nuevamente capitán general de Andalucía de regreso de su expedición con las tropas de su mando. Su primer impulso fué marchar sobre Madrid, pero sofocado el pronunciamiento del 2 de mayo y confirmado en su mando por los franceses, volvió sobre sus pasos, y se situó en Cádiz, sede de su gobierno.

Instalada la Junta de Sevilla en nombre de la nación y del rey, instó á Solano para que se pronunciara apoyando la insurrección general. Hombre de luces y de cualidades morales, amado del pueblo, empero se le tachase con razón de afrancesado, impresionable é irresoluto en la acción, aunque valiente, Solano trepidó, asumió una actitud equívoca, y acabó por promulgar á la luz de hachas encendidas, en la noche del 28 de mayo, un bando por el cual condenaba la insurrección, no obstante adherirse á un alistamiento nacional.

El pueblo pidió á grandes gritos el ataque inmediato de la escuadra francesa, surta hacía años en Cádiz, juntamente con la escuadra española después de la derrota de Trafalgar. Retardada esta exigencia popular, no obstante haber obtemperado al principio á ella el capitán general, la muchedumbre excitada se dirigió al día siguiente á su palacio, apersonándose una diputación á increparle su traición ó su flaqueza. Uno de los diputados salió al balcón á hablar al pueblo para tranquilizarle con las promesas del ataque inmediato á la escuadra francesa; pero confundido á la distancia con Solano y tomándose sus ademanes por negativa, disparáronse sobre él algunos tiros, á lo que siguió un tumulto con el intento de asaltar la casa.

En este momento crítico se presentó sereno y resuelto el ayudante á la vez que el oficial de guardia, que lo era el capitán don José de San Martín: hizo replegar la tropa de su mando, cerró la puerta, se atrincheró y dispúsose á la defensa. Los amotinados derribaron la puerta á cañonazos y penetraron al interior; pero ya Solano había tenido tiempo de fugar y refugiarse por la azotea en una casa vecina, donde fué descubierto y bárbaramente inmolado (28).

Esta tragedia sangrienta, en que el mismo San Martín fué actor y hubo de ser víctima, no se borró jamás de su memoria. Ella determinó sin duda muchas de sus resoluciones políticas en lo sucesivo. Desde entonces, no obstante su sincero amor por la libertad humana, miró con horror profundo los movimientos desordenados de las multitudes y los gobiernos que se apoyaban en ellos. Pensando que el gobierno de este mundo pertenece á la inteligencia apoyada en la fuerza morigerada, formó parte de su credo político la máxima de que todo debe hacerse para el pueblo; pero subordinándolo á la disciplina.

Empero, su razón y su corazón debieron decirle en aquel momento, que si bien de parte del populacho estaba el exceso, de parte de la España estaba la justicia; y que, ejecuciones por ejecuciones, las del Prado de Madrid el 2 de mayo orde-

(28) Toreno: «Historia del levantamiento general de España», lib. 3.º — Chao: «Historia general de España», cap. XIII. — Toreno dice terminantemente: «La guardia mandada por el oficial San Martín, después caudillo célebre del Perú, se metió dentro y atrancó la puerta». Si San Martín hubiese sido realmente edecán de Solano, como se ha dicho, un historiador tan bien informado como Toreno no lo habría ignorado, ni dejado de consignarlo, conociendo, como se vé, la celebridad del personaje. Ni se comprende que sea de otro modo, pues sólo á los oficiales de guardia compete mandarla en persona en estos casos, y la tropa que la daba pertenecía al cuerpo de «Voluntarios de Campo Mayor», en cuyo regimiento continuó sirviendo sin interrupción hasta gusto de 1808, como lo hemos demostrado en nota anterior.

nadas por un exceso de autoridad, eran más bárbaras y menos justificadas que la del general Solano. La heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero en el sitio de Orán, debió haber hecho vibrar en él esta cuerda simpática, y la decisión con que tomó inmediatamente su partido y su conducta posterior, así lo muestra.

X

Fué por este tiempo que el general Francisco Miranda, cuya figura hemos bosquejado antes (Int. § X), reunía en un pensamiento á todos los americanos dispersos en Europa, y les daba por objetivo la independenciam de la América y la fundación de la república, infundiéndoles su pasión. Este precursor de la América del Sud, que tuvo la primera visión de sus destinos, estaba destinado á ser entregado por uno de sus adeptos á sus verdugos, y morir solo, desnudo y cargado de cadenas en un miserable calabozo. En 1813 llegó cautivo á Cádiz en el mismo año en que San Martín inauguraba su gloriosa carrera en el opuesto hemisferio, y murió en la mazmorra de las Cuatro Torres de la Carraca, siete días después de declarada la independenciam argentina bajo el auspicio de sus inspiraciones (29).

Se ha dicho (creemos que sin fundamento), que Miranda

(29) Cochrane: «Journal in Colombia», t. I, cap. VI, p. 256. — Balt y Diaz: «Resumen de la historia de Venezuela», t. I, pág. 15 y sig. — «Repertorio Americano», t. IV, pág. 264. — Vicuña Mackenna: «Revolución de la independenciam del Perú», p. 272, y «Ostracismo de O'Higgins», p. 42. — V. además: «Trials of Smith and Ogden» (New-York, 1807). — Restrepo: «Historia de la revolución de Colombia». — «Correspondencia de Bolívar» — «History of F. Miranda, etc.» (New-York 1808)

se introdujo por entonces (1808-1809) de incógnito en Cádiz con el objeto de concertar con los sud-americanos que allí se hallaban, un plan de insurrección de las colonias españolas. Lo que es indudable que estuvo allí presente y sin disfraz, fué su noble espíritu. Creador del tipo de las sociedades secretas en que se afiliaron los sud-americanos dispersos en Europa, para preparar la empresa de la redención de América, él fué quien dió organización, objetivo y credo á las sociedades de este género, y que con esta tendencia se fundaron después en España. Cádiz, la puerta precisa de los americanos para entrar á la Península ó salir de ella, era el punto forzoso de reunión de todos y el centro en aquella época de una activa elaboración revolucionaria, que una sociedad misteriosa se había encargado de propagar. Como lo hemos dicho en otro libro histórico, las sociedades secretas compuestas de sud-americanos, con tendencias á la emancipación de la América del Sud sobre la base del dogma republicano, se asemejaban mucho por su organización y por sus propósitos políticos á las ventas carbonarias calcadas sobre los ritos de la masonería, de las que no tenían sino sus formas y sus símbolos.

En los primeros años del siglo XIX habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de «Sociedad de Lautaro ó Caballeros Racionales», vinculada con la sociedad matriz de Londres denominada «Gran Reunión Americana» fundada por el general Miranda, de la que se dió noticia antes (Int. § X). En sólo Cádiz, donde residía el núcleo, llegó á contar en 1808 con más de cuarenta afiliados, entre ellos algunos grandes de España, como el conde de Puño-en-rostro, amigo y corresponsal de Miranda. Su primer grado de iniciación era trabajar por la independenciam americana, y el segundo la profesión de fe democrática, jurando «no reconocer por gobierno legítimo «de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y

» espontánea voluntad de los pueblos, y de trabajar por la
» fundación del sistema republicano » (30).

En esta asociación estaba afiliado San Martín. Desde su fondo tenebroso se proyecta por la primera vez sobre su figura, hasta entonces enigmática, un rayo de luz que nos inicia en los misterios de su alma, revelándonos las creencias que lo trabajaban y los propósitos que abrigaba. San Martín era un americano de raza, un revolucionario por instinto, un republicano por convicción, era, tal vez sin él saberlo, un adepto de Miranda, que debía realizar el ensueño del Maestro cuando éste descansase para siempre en el fango de uno de los islotes de la Carraca, que en aquellos momentos él contemplaba desde la playa gaditana cuando la marea los abandonaba ó los cubría !

Á la vez que San Martín, se habían afiliado á la Logia : — Alvear, que sería su confidente primero, y su émulo después; — José Miguel Carrera, que moriría maldiciéndole, — y el más modesto de todos, el teniente de marina Matías Zapiola, que sería uno de sus brazos fuertes en los futuros combates. San Martín, el menos brillante y el más pobre de todos, reservado, reflexivo como de costumbre, era el vaso opaco que encerraba el fuego oculto en el interior del alma. Sus compañeros, que conocían su temple moral y la superioridad de sus dotes militares, no se engañaban con estas apariencias, y

(30) Véase: «Historia de Belgrano», t. II, cap. XXIII, pág. 272, y también Vicuña Mackenna, «Ostracismo de O'Higgins» y «Revolución del Perú», *loc. cit.* — Cuando ahora quince años hicimos proyectar la primera luz sobre este punto oscuro de nuestra historia, no se conocían aún los documentos con que después lo ha ilustrado el brillante y bien informado historiador Vicuña Mackenna. Estas noticias nos fueron comunicadas por don Matías Zapiola, secretario de la Logia de Cádiz en 1808, incorporado á la de Londres en 1812, que á los 94 años de edad conservaba en su memoria la fórmula del juramento (V.: «Historia de Belgrano», *loc. cit.*) que tantas veces hubo de repetir al iniciar á los neófitos en los misterios de la libertad.

decían de él, que pensaba por todos ellos (31); pero al distribirse sus papeles en el gran drama revolucionario que entreveían, ninguno le asignaba otro puesto que el de batallador fuerte. Sus héroes en perspectiva eran Alvear y Carrera, los más arrogantes y los más ambiciosos (32).

Estas sociedades secretas, precursoras del gran movimiento revolucionario de Sud-América, que determinó sus primeros rumbos, imprimieron su sello á muchos de los caracteres de los que después fueran llamados á dirigirlo, decidiendo en varios casos de sus destinos. Este sello fué el sentimiento genialmente americano, que las naturalezas móviles perdieron en el roce de los sucesos, pero que San Martín guardó indeleble como el bronce (33).

XI

Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria, como lo demostraron en Cartagena de Indias en 1740, en Buenos Aires en 1806 y 1807, y por último en la gloriosa guerra de la Península en 1808.

El alzamiento general de España, precedido por la heroica muerte de Daoiz, su antiguo compañero, y de que fué última señal la trágica muerte de Solano, su general querido, encontró á San Martín en su puesto de honor, formando siempre en las filas de «Voluntarios de Campo Mayor» mandado por el

(31) Según Barros Arana, refiriéndose al testimonio de uno de sus camaradas. «Hist. de la Indep. de Chile», t. III, p. 62.

(32) Véase por vía de referencia lo que dice el Sr. V. F. López: «Hist. de la Revol. Argentina», t. II, ps. 274-275.

(33) Foja de servicios, *cit.*, 1808.

valiente coronel Menacho que pronto debía encontrar también una gloriosa muerte. Ascendido á ayudante 1.º del mismo regimiento por la Junta de Sevilla, fué destinado al ejército de Andalucía que á la sazón se organizaba bajo la dirección del general Castaños, incorporándose á la 2.ª división que mandaba el general marqués de Coupigni.

Abiertas las operaciones contra el ejército francés mandado por Dupont, que tomó la iniciativa franqueando la Sierra Morena por Despeñaperros, se le confió el mando de las guerrillas sobre la línea del Guadalquivir. En estas márgenes resonó por primera vez el nombre de San Martín lanzado á publicidad con el dictado de « valeroso, » á consecuencia de una señalada proeza que ejecutó en tal ocasión (34).

El 28 de junio movióse sobre las primeras avanzadas del enemigo una columna de vanguardia española. Mandábala el teniente coronel Cruz Murgeon, que más tarde debía distinguirse como general peleando contra los independientes de América. Llevaba la cabeza de la columna su compañero y amigo el capitán San Martín, que más tarde también y en filas opuestas, debía inmortalizarse haciendo triunfar la independencia americana. Á la altura de Arjonilla avistóse un grueso destacamento de caballería francesa, que recibió orden de cargar, pero que al primer amago esquivó el combate. Entonces, por inspiración propia se pone al frente de 21 jinetes, haciéndose apoyar por una guerrilla de infantería, y se lanza á escape por una estrecha vereda lateral, consiguiendo por esta maniobra alcanzar á los enemigos, que superiores en número y no creyendo que con tan cortas fuerzas los acometiera, le esperaron en formación. Sobre la marcha despliega

(34) «Gazeta ministerial de Sevilla,» de 29 de junio de 1808. — Parte del General Coupigni. En este documento es donde se le califica por primera vez de «valeroso». — Véase: «Estatua del General San Martín» (Buenos Aires, 1868), p. 116.

en batalla, carga sable en mano, mata diez y siete hombres, toma cuatro prisioneros heridos, se apodera de todos sus caballos, comprométese personalmente, y en circunstancia de ir á ser muerto por un dragón enemigo, es salvado por uno de sus soldados (35), oyéndose en ese momento el toque de retirada que le obliga á replegarse en triunfo, pero con todos sus trofeos. Tal fué la primera hazaña y el primer ensayo de mando en jefe del más grande General del Nuevo Mundo.

La acción fué declarada distinguida con aplauso de todo el ejército, y concedióse un escudo de honor á todos los que le habían acompañado, siendo él ascendido á capitán del regimiento de Borbón, «en razón (decía el oficio de la Junta de Sevilla) del distinguido mérito que había contraído en la acción de Arjonilla» (36).

Este pequeño triunfo fué precursor de una de las más grandes victorias de la época. Antes de trascurrir un mes, las águilas imperiales de Napoleón que habían humillado á toda la Europa, se inclinaban vencidas ante un ejército hisoño alentado por el patriotismo, y el capitán San Martín era mencionado con distinción en la orden del día de la batalla de Baylén, de que había sido el precursor en Arjonilla.

Abierto por la victoria el camino de Madrid, el ejército de Andalucía entró triunfante á la capital de las Españas, y allí recibió San Martín con los despachos de teniente coronel la medalla de oro que por su comportación en aquella batalla le correspondía (37).

(35) El soldado que le salvó la vida en esta ocasión (según la «Gazeta de Cádiz»), llamábase Juan de Dios, y pertenecía á los Húsares de Olivenza. San Martín lo recomienda en su parte sin mencionar el hecho, quizás por no ocuparse de su persona, según costumbre.

(36) «Estatua del General San Martín,» cit. Doc., p. 116. — Vicuña Mackenna: «El General San Martín», p. 11.

(37) Of. de Coupigni de 29 de Setiembre de 1808. — La medalla de Baylén es circular: tiene en el centro dos espadas en cruz atadas: sobre las espadas una corona de laurel, y en su contorno, sobre una cinta

El joven comandante siguió las vicisitudes del ejército de Andalucía, debiendo encontrarse en la desgraciada batalla de Tudela y sucesivo repliegue de las tropas españolas sobre Cádiz, y fué nombrado en 1810 ayudante de campo del marqués de Coupigné (38).

En 1811 encontróse en la sangrienta batalla de Albuera celebrada por la musa de lord Byron, en que españoles, ingleses y portugueses batieron á los franceses (39). Mandaba el ejército aliado en esta jornada el general Beresford, que cinco años antes había rendido su espada y las banderas británicas en Buenos Aires.

En el mismo año pasó á formar parte de las reliquias del regimiento de «Sagunto,» escapadas del sitio de Badajoz, en que su antiguo jefe el coronel Menacho acababa de rendir la vida. El emblema de este cuerpo era un sol, cuyos rayos disipaban nubes, con esta leyenda: *HÆ NUBILA TOLUNT OBSTANTIA SOLVENS* (40). — ¡Disipa nubes y remueve obstáculos! Este fué el último estandarte español á cuya sombra combatió San Martín. Por una rara coincidencia llevaba por emblema el mismo símbolo de las banderas que debía pasear en triunfo por la América, y cuyos colores había vestido en su prime

ondeada, esta inscripción: *BAYLÉN 18 DE JULIO DE 1808.* — En los días de su ostracismo, una de las nietas del General San Martín llegó llorosa á su gabinete, y para consolarla le dió la medalla de Baylén pendiente de una cinta amarilla con bordes encarnados, que su hija recogió y guardó, y de la que él, ya desprendido de las vanidades humanas, no volvió á acordarse. — Esta medalla existe hoy en poder del Gobierno Argentino, ofrecida por la misma nieta que la recibió en aquella ocasión.

(38) Segunda foja de servicios, 1809-1811 M. S. Arch. San Martín, vol. I, núm. 2.

(39) Gerard en la «Necrología de San Martín», pág. 6, dice equivocadamente Albuera y lo repite Vicuña Mackenna. Albuera conmemora otros sucesos aciagos para las armas españolas, que tuvieron lugar en el año siguiente de 1812 en Valencia, cuando ya San Martín no se hallaba en España.

(40) Clodart: «Historia orgánica» etc., cit., t. XV, p. 404.

uniforme del «Murcia.» — ¡La leyenda parece profética!

La profecía de Pitt al tiempo de morir se realizaba. Napoleón había levantado contra sí una guerra nacional y estaba irremediablemente perdido. La España, provocándola heroicamente, según la previsión del gran estadista, iba á salvarse, salvando á la Europa de su brutal dominación en alianza con la Gran Bretaña.

El criollo americano había pagado con usura su deuda á la madre patria, acampañándola en sus días de conflicto, y podía á la sazón desligarse decorosamente de ella sin desertar la causa de la desgracia, al dejarla cubierta con la poderosa égida de la Gran Bretaña, que le aseguraba el triunfo definitivo, bajo la dirección del futuro vencedor de Waterloo.

Veintidos años hacía que San Martín acompañaba á la madre patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En este lapso de tiempo había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, á pie y á caballo, en campo abierto y dentro de murellas. Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir de todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales y los elementos de que podía disponer la España en una insurrección de sus colonias: el discípulo era un maestro en estado de dar lecciones. Entonces volvió los ojos hacia la América del Sud, cuya independencia había presagiado y cuya revolución seguía con interés; y comprendiendo que aun tendría muchos esfuerzos que hacer para triunfar definitivamente, se decidió á regresar á la lejana patria, á la que siempre amó como á la verdadera madre, para ofrecerle su espada y consagrarle su vida (41).

(41) Dice él mismo: «Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin